

¡Ser maestro! Qué cosa tan noble y que excelsitud de funciones. Qué difícil serlo y que suerte la de encontrarlo. Casi todos los triunfadores de la vida, se den cuenta o no, lo deben al hecho de haber encontrado un maestro en su camino, uno solo por muchos que hayan sido los profesores según las materias estudiadas, pero uno solo el que le enseñó a pensar, el que le enseñó a trabajar y a comportarse y le hizo hombre.

En este grupo de maestros y presidiéndolos, está el que lo era de la zona José Romero, excelente persona que se hizo machacando y gozó de la consideración general y la confianza completa y merecida de los asociados protectores de esta gran obra.



Los niños de "las ferroviarias" celebran la primera comunión el año 1947. Son los niños que nacieron al final de la guerra y el refrigerio tuvo lugar en el bar Alces.

La indumentaria es sencilla, más bien pobre. No había llegado el momento, que floreció después, de celebrar las comuniones como bodas.

El acto estuvo presidido por Leandro, acompañado de Ros y Manuel de Miguel. Y la maestra Doña Julia que está discretamente colocada en el rincón de la derecha.

Los niños, atraídos por el fotógrafo, dirigen sus miradas a la máquina con deseo de salir bien, pero hay algo en esas caras y en esas actitudes que frena la espontaneidad y la inquietud propia de su edad, es el temor que flota en el ambiente, que lo invade todo degradándolo y dejará huella indeleble en las almas infantiles.

El sufrimiento envejece y esas criaturas tienen seriedad y perplejidad de mayores y un cierto aire de resignación ante lo inexplicable, ineludible aunque humille en lugar de levantarte, con la obstinación ciega de la ignorancia triunfante.